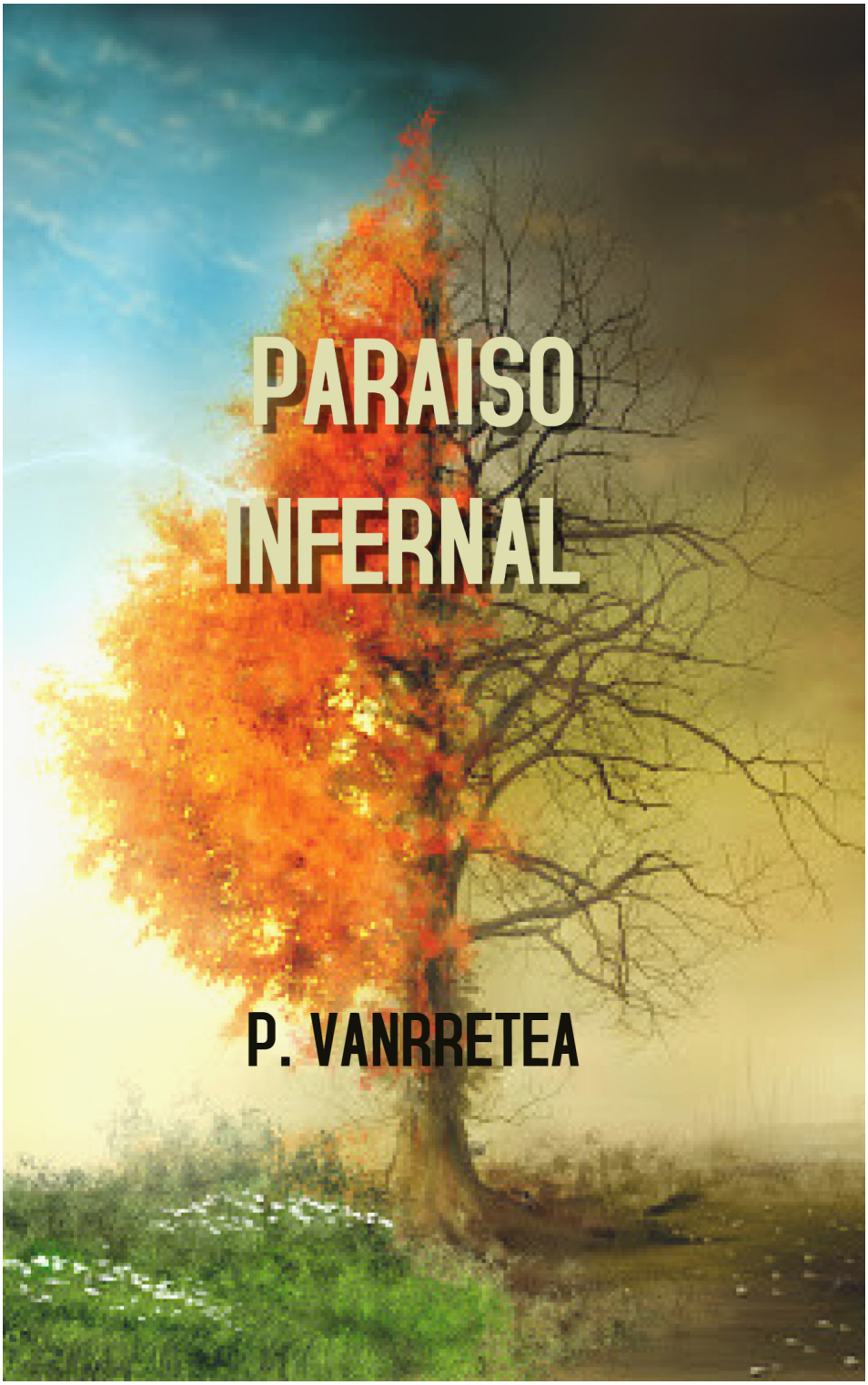
Paraíso Infernal (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)



Capítulo 1

Paraíso Infernal

Aquella mañana, el sol primaveral estaba en lo alto del cielo. Los rayos golpeaban con fuerza las primeras hojas verdes que estaban naciendo de los árboles y que adornaban la calle de aquel barrio. La brisa fresca del viento, que aún era característica de la estación anterior, marcaba la tónica del día; no obstante, y como había ocurrido ayer, lo más probable es que este cambiaría durante la tarde.

Por esa razón, no había podido resistir a dar una vuelta en bicicleta, por lo que presintiendo el calor que haría más tarde, decidió ir con ropa ligera. Mientras salía de casa, entrecerró los ojos por culpa del potente reflejo del sol en la acera. Cuando éstos se acostumbraron, miró a su alrededor observando todo, pero sin mirar nada a la vez. Se puso su casco blanco y montó su bicicleta.

La calle estaba desierta, por lo que comenzó a pedalear más fuerte. Necesitaba sentir en su rostro el viento fresco porque le ayudaba a mantener la mente clara. Por unos instantes, cerró sus ojos para concentrarse; sin embargo, aquello fue un error. Al estar distraída, no fue capaz de ver el automóvil que estaba dando marcha atrás mientras salía del estacionamiento de una de las casas de aquel barrio. Debido a la velocidad que iba, el impacto fue tan fuerte que la dejó tirada en el suelo sin poder moverse.

Escuchó voces a su alrededor, todo estaba muy confuso. Intentó abrir los ojos, pero éstos estaban muy pesados, por lo que no le quedó más remedio que intentar concentrarse y poner su mente en blanco. Sin embargo, la música celestial que escuchaba se lo impedía. En primera instancia, no comprendía absolutamente nada, pero una vez que comenzó a estar consciente descubrió que se trataba de Schütz y de su obra “Las siete palabras de cristo en la cruz”. A pesar de que el volumen de la música tenía un nivel bajo, casi de ambiente, en vez de calmarla, comenzó a sentir un nerviosismo que le recorría el cuerpo por completo; una delicada gota de transpiración bajó por su columna. Intentó agudizar sus oídos, pero no escuchaba nada más que la música de fondo. Por lo que, haciendo el mayor esfuerzo, intentó una vez más abrir sus ojos, pero

solo logró mantenerlos entreabiertos.

Debido a la poca iluminación del lugar, y al estado en el que se encontraba; pocos fueron los detalles que pudo observar. La luz limitada era a causa de un antiguo candelabro de hierro que mantenía tres velas. Por la apariencia que estas tenían, se pudo dar cuenta que llevaba un buen rato encendidas. Poco a poco su vista se fue acostumbrando a la escaza iluminación del lugar por lo que le permitió ver más cosas a su alrededor. Había una pequeña mesa de madera donde había varios vasos de vidrio que contenían un líquido negro y, al parecer, muy espeso; también había unos cordeles gruesos que estaban desperdigados en el suelo alrededor de las patas de la mesa. En ese momento, fue consciente del olor a óxido y a sudor que predominaba en el aire lo que le provocó unas ganas horribles de vomitar. Pensando que lo haría en cualquier momento, cerró los ojos para volver a la deriva.

Sintió el rostro caliente. Intentó abrir los ojos, pero los rayos del sol le estaban dando directamente en ellos por lo que era muy difícil poder enfocar su mirada. Quiso levantarse, pero sentía el cuerpo muy dolorido. ¿Qué le había ocurrido? En ese momento, recordó el accidente que había tenido en la bicicleta. Debido a la velocidad en la que viajaba, no había visto el automóvil. El impacto fue tan fuerte que salió lazada por los aires dejándola tirada. De repente, sintió un cosquilleo en las piernas y en los brazos desnudos. Con los ojos aún cerrados, intentó tocar con sus manos la superficie para darse cuenta que estaba sobre el césped. Sintiendo la textura suave, decidió darse por vencida y cerrar los ojos nuevamente.

La música de fondo volvió a hacer eco en su cerebro, pero ligeramente con un volumen más elevado. Las voces de los tenores comenzaban a martillarle la cabeza como si se tratara de un molesto ruido y no como un elemento más de la pieza musical. Abrió los ojos, esta vez sin problemas; y pudo ver en una esquina de aquella habitación una antigua vitrola funcionando. Sin lugar a dudas, de ahí provenía el sonido de aquella obra. Nuevamente comenzó a sentirse nerviosa, la música se estaba tornando ligeramente más rápida y no pudo evitar que su corazón comenzara a latir desenfrenadamente.

Haciendo caso a su instinto, comenzó a mirar a su alrededor una vez más. No muy lejos de la vitrola, se encontraba otro candelabro con la misma cantidad de velas que el anterior. La poca iluminación que le brindaba, fue suficiente para ver crucifijos colgados en todas las paredes, junto con pequeños cuadros que marcaban el camino de Jesucristo cargando la cruz mientras era despreciado por la multitud. Aquellas imágenes desgarraron su corazón provocando que un sinfín de lágrimas corrieran por su rostro sin poder controlarlas. Aquel sentimiento inexplicable la estaba embargando de tal forma, que no fue consciente que alguien entraba en la

habitación. Cuando lo hizo, ya era demasiado tarde.

Sintió un cosquilleo por su espalda desnuda. La túnica desgarrada solo le cubría la parte delantera de su cuerpo dejando expuesta la espalda, el cinturón que acompañaba a su traje había desaparecido, no recordaba que alguien se lo hubiera quitado; y la capucha aún permanecía puesta ocultado su cabello corto. Estaba de rodillas con los brazos estirados por sobre su cabeza, amarrados con unos enormes grilletes en cada muñeca. Se encontraba en confinamiento solitario, pagando por sus errores por haber incumplido las reglas del convento. Pecados, así los llamaba la madre superiora.

Notando su presencia, recibió con entereza los azotes que le estaba dando nuevamente con la fusta. No sabía cuántas horas llevaba en aquel lugar, pero eso ya no le importaba, ni siquiera sentía el dolor. Tal vez y como la madre superiora siempre decía, era la única forma de expiar sus pecados… a través de los mismos actos que había sufrido Jesús mientras era torturado por los soldados romanos. Comenzó a flaquear las pocas fuerzas que le quedaban e intentó concentrar su mirada en la luz que emanaba del primer candelabro que vio. Las velas estaban a punto de consumirse, y con el oratorio de Schütz de fondo, dejó que la oscuridad la envolviera… para siempre.

FIN

Nota del autor: Inspirado en las torturas realizadas en el convento Hermanas Carmelitas Descalzas en el año 2016, Argentina.